

En línea con la UNIDAD

de Investigación
y Acusación.

Revista Virtual



De cómo la violencia sexual y la guerra cambiaron las vidas de Catalina, María y Adriana

*“Lo ideal es que un niño no empuñe un fusil sino un lápiz o un pincel”,
Ana Pacheco excombatiente*

El vallenato, un canto de memoria y resistencia

“Yo antes escuchaba que por ser gay no lo dejaban trabajar a uno”, dice indígena trans víctima de violencia sexual

Exitosas jornadas de relacionamiento del Director de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP en las regiones

En la JEP aprendí a perdonar, dice funcionaria de la Unidad en Bucaramanga

“Las tareas de la JEP se constituyen en procesos de sanación a favor de la reconciliación de los colombianos”, dice Fiscal de la UIA en Pasto

Dirección UIA

Giovanni Álvarez Santoyo

Dirección UIA Revista Virtual

Jairo Alfonso Barón Hernández

Redacción e investigación

Jairo Alfonso Barón Hernández

Lina Margarita Martínez

Paola Hernández Peñuela

Libardo Cardona Martínez

Margarita Barreneche

Video y fotografía

Valentina Rodríguez Montoya

Geraldinne Puentes Camacho

Diseño y diagramación

Diego Alba Patiño

Colombia

2023



Contenido



De cómo la violencia sexual y la guerra cambiaron las vidas de Catalina, María y Adriana

Página 2



“Lo ideal es que un niño no empuñe un fusil sino un lápiz o un pincel”, dice excombatiente víctima de reclutamiento forzado

Página 6



El vallenato, un canto de memoria y resistencia

Página 10



“Yo antes escuchaba que por ser gay no lo dejaban trabajar a uno”, dice indígena trans víctima de violencia sexual

Página 14



Exitosas jornadas de relacionamiento del Director de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP en las regiones

Página 18



En la JEP aprendí a perdonar, dice funcionaria de la Unidad en Bucaramanga

Página 22



“Las tareas de la JEP se constituyen en procesos de sanación a favor de la reconciliación de los colombianos”, dice Fiscal de la UIA en Pasto

Página 24



De cómo la violencia sexual y la guerra cambiaron las vidas de

Catalina, María y Adriana

La Unidad de Investigación y Acusación organizó en Cali talleres dirigidos a mujeres víctimas de violencia sexual.

Catalina^{*}

Tuvieron que pasar más de 20 años para que Catalina rompiera su silencio y resolviera contarle a su madre lo que le sucedió en 1989.

Ella era entonces una chiquilla asustada que vivía en un municipio del departamento del Cauca con grandes problemas causados por el conflicto armado. La guerrilla y las fuerzas del orden eran protagonistas centrales en el pueblo donde vivía la pequeña Catalina.

“Mi infancia fue complicada porque, en la zona donde viví, tuvimos todos los tropiezos con el conflicto armado”, le explicó hace poco Catalina al Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

Recientemente, la Unidad de Investigación y Acusación organizó en Cali una serie de talleres dirigidos a mujeres víctimas de violencia sexual con ocasión del conflicto armado.

Durante una semana participaron mujeres indígenas y afros e integrantes de la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales, de Caribe Afirmativo, de la organización feminista Sisma Mujer y de la Corporación Rosa Blanca.

Las actividades hicieron parte del macro caso 05 de la Jurisdicción Especial para la Paz, que prioriza la situación territorial del norte del Cauca y del sur de Valle del Cauca.

“El Cañón del Páez era una zona estratégica y allá llegaban la Fuerza Pública y las guerrillas. Andaban como Pedro por su casa. Si llegaban ellos, era el pánico”, agregó Catalina, hoy de 44 años y madre de un estudiante de ingeniería que, según sus palabras, “es todo en mi vida”.

El mayor de los hermanos de Catalina fue reclutado por las otrora FARC cuando tenía 12 años. Hoy tiene 48 y logró sobrevivir a la guerra. Él les ha dicho a su madre y a sus familiares que los 20 años que estuvo en el monte fueron perdidos.

*. Nombre ficticio. Se cambió el nombre por razones de seguridad.

“Siempre pensamos que mi hermano estaba muerto. Cuando la avalancha del río Páez (en 1994), como no llegó, concluimos que estaba muerto”, añadió Catalina, una conspicua indígena nasa y quien próximamente se convertirá en abogada.

“Ahora mi hermano está haciendo las cosas bien”, advirtió.

“Lo que me pasó en 1989 (cuando fue violentada sexualmente) me marcó la vida para siempre. Todavía me duele porque me dañaron la inocencia. Por eso les cogí mucho miedo (a los guerrilleros)”, indicó Catalina en medio de un constante llanto.

Su agresor, que era conocido con el alias de “Juanito”, fue muerto por la fuerza pública en 1994 en el municipio caucano de Belalcázar, precisó Catalina. “Eso me lo contaron unas niñas que él iba a llevar por Tacueyó (para incorporarse a la guerrilla). Yo tuve la idea de vengarme de él, de cogerlo con un arma (...) Descansé cuando supe que murió”.

“Lo de la violación no se lo conté en ese momento a nadie. Ni siquiera a mi mamá porque ella era muy brava. Es más, no sé si ella me iba a entender. Cuando ella me decía que saliera, que le ayudara con algo, yo solo le decía que no, que les tenía mucho miedo a los guerrilleros”.

“Pero después, no hace mucho, creo que después de que tuve a mi hijo, le conté a mi mamá que, mientras ella se había ido a la montaña, yo subía de la escuela y que (alias) ‘Juanito’ me cogió y me hizo daño, que sangré mucho, que me dolió mucho y que solo dije que estaba montando a caballo”.

—¿Y qué dijo su mamá?

—Que por qué no le conté en su momento, que ella hubiera hablado con el comandante guerrillero y que a lo mejor (al violador) lo hubieran fusilado ahí mismo, porque esa es la ley de ellos.

—¿Y usted qué le contestó?

—Que yo era una niña y que a lo mejor ese mismo hombre nos hubiera matado a nosotros. Recuerdo que él (alias ‘Juanito’) me dijo: “Aquí no pasó nada. Recuerde que tenemos armas guardadas en su casa y que con esas mismas armas los podemos acabar a todos”.

—¿Ya perdonó?

—Creo más bien que ya olvidé (...) El silencio que guardamos muchas mujeres hoy se está dando a conocer.

—De este tipo de temas, como el suyo, ¿se puede hablar en su comunidad?

—La mayoría de mujeres (de la comunidad nasa) no hablan de estos temas. Incluso hay tres mujeres en mi territorio que fueron víctimas de ese abuso. Yo les he dicho que busquemos un espacio para hablar de estas cosas. En principio se animan, pero después dicen que eso pasó hace mucho tiempo, que ya ni se acuerdan, que ahora tienen marido.

—¿En su comunidad es política de los hombres no permitirles hablar a las mujeres?

—En los nasas, anteriormente, sí era más política de los hombres decirles a las mujeres “deje hablar”, “cállate tú” o “espere que voy a hablar yo”. Pero el movimiento indígena ha ayudado mucho al despertar y ha habido muchas mujeres que han estado en los procesos políticos. Sin embargo, el tema de qué pasó en el conflicto armado no se había tocado.

—¿Y usted?

—Yo ya no me quedo callada (...) Yo hablo mucho de no al silencio y de la igualdad (...) Allá muchas mujeres fueron violadas, mutiladas, por el mero hecho de haber hablado con alguien de la fuerza pública.

—¿Cuál es su concepto sobre el proceso de paz firmado entre gobierno y las FARC?

—Cuando se habla de paz, yo soy de las que pienso: “Ojalá se acabe esto”, “ya nos más odios”. El proceso lo tomé de buen modo, pero en vez de acabarse, la guerra sigue.

—¿Cómo le gustaría que la raparen por el daño causado?

—Con un buen acceso a la educación y a la salud. La plata se va, pero el conocimiento no se lo quitan a uno.

—¿Qué piensa hacer cuando sea abogada?

—Ayudar a las víctimas y empoderar mujeres.



María*

El fuerte de la terapia de María para dejar atrás las pesadillas de los dos actos de violencia sexual de que fue víctima es no recordar lo que le sucedió hace muchos años con la guerrilla en el sur del país.

Para conseguir ese objetivo, según ella, qué mejor que los talleres que organiza la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP con las víctimas del conflicto armado porque con ellos *“uno va aprendiendo, va como aflojando la mente, como tratando de vivir cosas diferentes y aprendiendo cosas nuevas”*.

María fue violada en dos oportunidades en el sureño departamento de Putumayo. En ambas ocasiones los autores fueron guerrilleros de la otrora FARC. El primero de los hechos, al decir de María, sucedió hace 11 años y el segundo hace siete.

Entonces, humillada y derrotada, María tuvo que desplazarse al municipio de Dagua, en el departamento de Valle del Cauca.

*. Nombre ficticio. Se cambió el nombre por razones de seguridad.

—¿Qué tanto cambio su vida después de las dos violaciones?

—Dio una vuelta completa.

María tiene 63 años, es ama de casa y tiene dos hijos. Habla muy poco. Ella le dijo al Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación que se volvió más callada después de lo que le hicieron las FARC.

—¿Qué opina del proceso de paz?

—Eso todo ha sido un juego. Un proceso de paz, tan solo mi Dios con su poder. De resto no.

—¿Es muy creyente?

—Si no fuera por Dios, ya me hubiera derrumbado.



Adriana*

Pero si a María los avatares de la vida la hicieron más prevenida y callada, a Adriana la convirtieron en una mujer más conversadora y, con los años, hasta más espiritual.

Ella nació hace 48 años en zona rural del municipio caucano de Buenos Aires. Fue la mayor de cuatro hermanos: tres mujeres y un hombre que fue asesinado.

La infancia de Adriana estuvo siempre signada por una palabra: violencia. Desde que era una niña siempre estuvo cerca de guerrilleros y paramilitares. Las fuerzas del orden tampoco faltaron en el corregimiento de Timba.

“Siempre hemos vivido con la violencia, incluso hasta hace poco”, observó Adriana en referencia al atentado con carro bomba que el 20 de septiembre pasado sacudió a Timba con saldo trágico de tres muertos y varios heridos.

En 1989 los paramilitares acabaron en parte con la vida de Adriana.

“Yo tenía 14 años cuando me pasó eso (...) Ese día mi mamá me dijo que le llevara el almuerzo a mi papá porque él no podía venir a almorzar. El almuerzo lo iba a llevar mi hermana, pero como ella no quiso yo me fui sola”.

“Era un camino como en pastales. De pronto me salieron dos hombres encapuchados. Entre los dos me cogieron y a la fuerza me llevaron para un pastal. Ya ni me quiero acordar de eso”, relató Adriana con las gafas empañadas por el estrés de los recuerdos infelices y por algunas lágrimas que no pudo contener.

En una emotiva entrevista con el equipo de prensa de la Unidad de Investigación y Acusación, Adriana agregó que cuando regresó a su casa –con la ropa raída y el cuerpo aporreado– solo le contó a su mamá lo sucedido.

“A su papá no se le puede contar”, le dijo la angustiada madre, “porque se hace matar de esos hombres”.

La preocupada madre de Adriana se inventó mil historias para que su marido accediera a abandonar Buenos Aires. “Pero por qué si aquí tenemos el trabajo y tenemos todo”, fue siempre la respuesta del hombre.

Entonces la mamá de Adriana no tuvo alternativa distinta que enviar a su hija a la casa de su abuela.

De eso hace ya 34 años.

Trabajando en casas de familia en Cali, Adriana le hizo frente a la vida. Eso sí, sin olvidar nunca lo que le sucedió en Timba.

En cierta oportunidad, en la casa donde trabajaba, Adriana escuchó de la señora que planchaba la ropa –Emérita– que había una corporación que se llamaba Rosa Blanca que les ayudaba a las mujeres víctimas de violencia sexual durante el conflicto armado.

Durante un buen rato, Adriana apretó sus labios para no hablar de su historia. Al final no se

aguantó y le contó a doña Emérita que en 1989 fue violada por paramilitares, que si ella creía que en Rosa Blanca la podían escuchar (toda vez que muchas de sus integrantes acusan a exjefes de las FARC de haber cometido delitos sexuales en su contra).

“Yo le conté mi caso. Yo nunca había declarado lo que me pasó. A través de ella fue que conocí a la Unidad de Víctimas y a ustedes, los de la JEP”, añadió Adriana, casada y madre de tres hijos.

—¿Qué tanto cambio su vida la violación de que fue víctima?

—Mucho. A uno le cambia la vida totalmente. Uno tan niño y tener que vivir esas cosas. Eso es horrible.

—¿Volvió a saber de los tipos que abusaron de usted?

—Hasta el sol de hoy.

—¿Y cómo se ha portado Dios con usted?

—A pesar de todo lo que me ha pasado, me recompensó con un buen hombre.

—¿Cómo quieren que la recompensen por lo que le sucedió?

—Que mis hijos se capaciten. Y también que haya capacitación para uno mismo. A mí me gusta mucho la modistería y la culinaria. Yo nunca he recibido nada.

—¿Cómo le ha ido con la JEP?

—Muy bueno todo, muy interesante todo lo que nos enseñan.

—¿Ya perdonó a sus agresores?

—Todo hay que dejárselo a Dios.

—¿Es creyente?

—Si no fuera por Dios, no estaría aquí.

—¿Ya olvidó lo que le sucedió en 1989?

—Eso nunca se olvida. Eso siempre está aquí (y señala su cabeza y su corazón).

—¿Qué opina de los procesos de paz?

—Lo importante es que se vean las cosas (en referencia a que haya gestos de paz por parte de los actores del conflicto armado).

—¿Qué consejo les da a las víctimas de violencia sexual?

—Que denuncien. Miren lo que me pasó a mí: por no saber nada de nada, hasta ahora denuncio. Hasta ahora me vengo a dar cuenta de que uno puede tener una ayuda económica y psicológica.

—¿Cómo ve su futuro?

—Yo quiero tener un restaurante o una modistería. Quiero dar empleos. También quiero sacar adelante a mis hijos.

—¿Y qué espera de la JEP?

—Yo estoy lista con la JEP para ayudar en lo que sea.

*. Nombre ficticio. Se cambió el nombre por razones de seguridad.



“Lo ideal es que un niño no empuñe un fusil sino un lápiz o un pincel”,

dice excombatiente
víctima de
reclutamiento forzado

Para entender bien la historia de Ana Pacheco hay que escudriñar primero en su familia. Y también en su gusto por la televisión, por aparecer en público, por posar para fotografías y por dar entrevistas. Pero sobre todo en su cercanía y en los años perdidos en la guerrilla de las hoy pacificadas FARC.

“Recuerdo que siendo niña hubo un desplazamiento por parte de la guerrilla en (el municipio metense de) Uribe. De ahí resultamos en el Tolima. Mi papá y mamá eran muy correcaminos. El caso fue que fuimos a dar a Sumapaz”, en el departamento de Cundinamarca, recordó hace poco Pacheco en entrevista con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación.

“En mi casa la mayoría de mis hermanos estuvieron en la guerrilla”, agregó, de 34 años, quien fue la octava de nueve hijos de un matrimonio de campesinos: cinco hombres y cuatro mujeres.

La de los suyos, apuntó, “ha sido una historia de locos”.

Desde que empezó a tener uso de razón, Pacheco siempre tuvo contacto con guerrilleros. Muchas veces 200 o más de ellos pasaban por su casa –en zona rural de Uribe–, saludaban, comían y pernoctaban. Es más, “para nosotros era una alegría la llegada de la guerrilleros” porque, cuando se marchaban, dejaban abandonados dulces o regalitos para los niños de la casa.

“A mí, con tan solo nueve o diez años, me ponían a cargar una AK-47 (o un fusil de asalto). Para mí eso era normal. Era como llevar un palo en la espalda. En cambio, nunca tuve una muñeca para jugar. Más bien jugaba con flores o animalitos”, explicó Pacheco, quien advirtió además que todos sus hermanos, en su momento, se fugaron de las FARC.

De esa misma infancia, Pacheco también recuerda las caminatas hacia la escuela y el encuentro en el sendero con guerrilleros. Ellos le decían “Mona” y desde los 10 u 11 años la convirtieron en una especie de miliciana.

Entonces en el camino a la escuela los guerrilleros le pedían a la Mona que

les ayudara a cargar sus cosas o que fuera hasta determinado sitio y se fijara cuántos miembros de la Fuerza Pública había.

“Para mí eso era normal. Además, como mi papá también fue guerrillero y mis hermanos ya estaban en las filas, yo pensaba que nada malo iba a pasar”, observó Pacheco, madre de tres hijos y quien recién cumplidos los 14 años ingresó oficialmente a las FARC.

Resulta que uno de sus hermanos se había fugado de la guerrilla y, en consecuencia, toda la parentela debió desplazarse a Bogotá.

Los padres de la Mona permanecieron un período largo en la capital colombiana, pero ella se trasladó al municipio de Icononzo, Tolima, donde fue reclutada definitivamente por las entonces FARC.

Exactamente dos años estuvo Pacheco en las filas guerrilleras. No se amañó un solo día. El día a día para ella en las FARC fue un verdadero infierno.

“Yo creo que después de que ingresamos, la mayoría nos arrepentimos (...) Cuando uno ingresa, ya le cambian los papeles. Eso lo botan a uno al piso, que el entrenamiento, que el barro, que la lluvia, lo que ellos manden. Eso ya no

es un juego de niños”, contó Pacheco, quien no vaciló en ubicar el peor día suyo en la guerrilla: *“El primero, porque siendo una niña me sometieron a unos entrenamientos sin sentido”.*

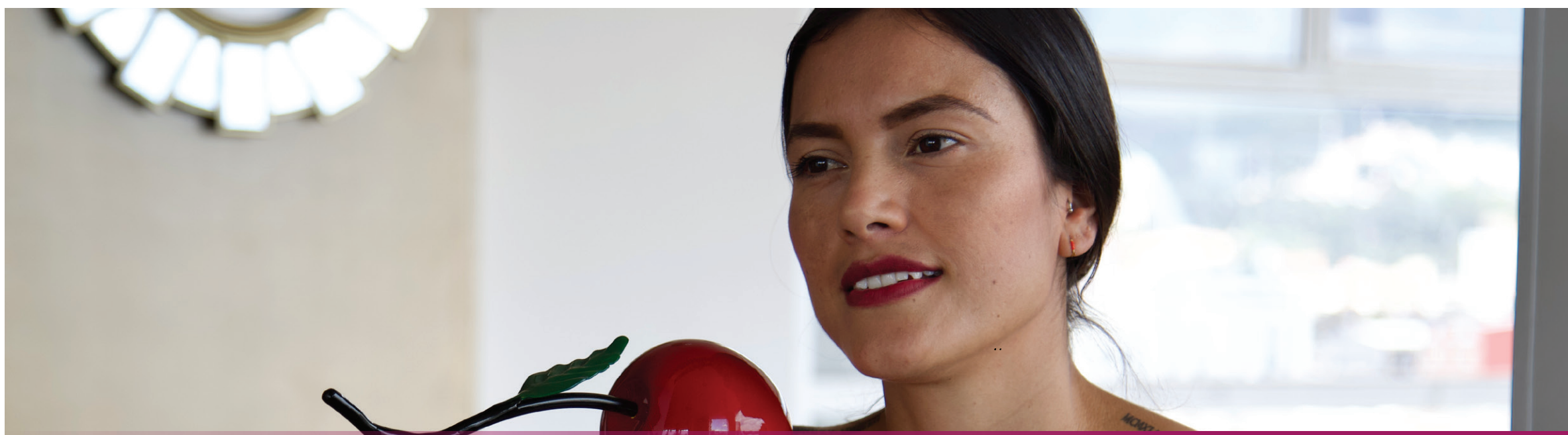
“Usted no se imagina cuánto lloré allá (...) Allá le meten a uno en la cabeza que uno no tiene ni papá ni mamá. Allá su papá y su mamá es el fusil. Entonces ámelo y quiéralo”, dijo.

Y llegó un día de 2005. En un caserío llamado La Aurora, Pacheco buscó a unos amigos suyos y les pidió que le regalaran ropa de civil. Dos días atrás, ella se había fugado de las FARC. Con un dinero que le dieron sus amigos se montó en el primer bus que pasó.

Su objetivo era llegar a Bogotá.

Tiempo después se desmovilizó y terminó en el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, en la capital de la República. Por esos mismos días quedó en embarazo de su primera hija.

Tenía entonces 18 años.



Los tiempos de la guerra y el sonido de las balas quedaron atrás para Ana Pacheco. En Bogotá empezó a concretar su proyecto de vida. Si bien no tenía dinero, vivía relativamente feliz. Y, tal vez lo más importante, ya no tenía miedo.

Cuando tenía 25 años, ya reintegrada por completo a la sociedad, la psicóloga de Pacheco le comentó que había una convocatoria para mujeres interesadas en ser la imagen de una marca de cosméticos. Ella se le apuntó al concurso, quedó entre las cuatro finalistas y al final fue la ganadora.

“Esto es lo más bonito que me ha pasado”, pensó en voz alta. Entonces a su memoria vino un recuerdo de infancia. Tenía siete u ocho años y vivía en el campo. Uno de sus hermanos anunció que iba a ir a un sitio donde había

televisión. Ese día jugaba la Selección de Colombia. Entonces le suplicó a su mamá que la dejara ir a conocer ese aparato llamado televisor.

“Dentro de mi ignorancia pensé: ¿cómo hacen esas personas para hacerse tan chiquitas y meterse en ese aparato? Voy a ser una persona chiquita para meterme allá”, relató Pacheco, entre risas. *“Yo quiero ser actriz, modelo, todo lo que se relacione con los medios de comunicación”,* se dijo para sus adentros en esa oportunidad.

De regreso a 2015, Alejandra Quintero, quien le tomó las fotos para la marca de cosméticos, la invitó a seguir creciendo. Quintero les habló a los periodistas y fotógrafos de la revista Soho de la existencia de Ana Pacheco.

Cuando la tuvieron en sus oficinas, los comunicadores de Soho le propusieron a Pacheco aparecer en la revista. Pero había un problema: que en las fotografías tenía que posar desnuda.

Ese dilema lo resolvió con relativa facilidad luego de que sus familiares la convencieron con dos argumentos: que era una oportunidad de oro para crecer más y, sobre todo, que era su aporte al proceso de paz que por entonces adelantaban en La Habana el gobierno colombiano y las FARC.

De parte de Pacheco para Soho hubo tres condiciones: que las fotografías fueran a campo abierto, que (por pudor) solo hubiera mujeres en el momento en que se tomaran las imágenes y que, para vencer los nervios, le permitieran durante la producción tomarse unos aguardientes y fumarse unos cigarrillos.

Y las fotografías se tomaron y Pacheco apareció en Soho.

Ocho años después, Pacheco recuerda así aquella aventura: *“Ya siendo mamá, mis teticas ya no eran las mismas, el cuerpito ya no era el mismo. ‘Qué vergüenza’, pensé. Menos mal que mi fotógrafa fue una mujer maravillosa”*.

Al poco tiempo, Pacheco fue de nuevo contactada por Soho. Esta vez querían que fuera su portada. La propuesta era arriesgada: que apareciera desnuda junto a la también bellísima Isabel Londoño, una exdetective del desaparecido DAS que había perseguido a las FARC.

Fue así como, el 17 de noviembre de 2015, Soho publicó las fotografías de Pacheco acompañadas con el siguiente comentario:

“Nadie imaginaría que este espectacular cuerpo estuvo en las filas de la guerra, ni que cargó armas y mucho menos caminó por las selvas colombianas. Ana Pacheco entró a los 14 años a las filas de las Farc. Después de dos años de insurgencia, huyó y se convirtió en desmovilizada”.

Con la fama por las nubes, el Canal RCN se fijó también en Pacheco y la invitó a participar en el reality ‘Bailando con las estrellas’. Allí estuvo al lado de celebridades como Daniela Ospina, Flora Martínez, Natalia París y Galy Galiano.

—¿Qué quedó de todo eso?

—Esto les ha dejado enseñanzas a mis hijos. A las dos mayores les han dicho en el colegio: *“Tráeme a una persona famosa o una persona con la que usted se identifique”*. Entonces ellas sacan de inmediato mis fotos de Google y dicen *“ella es mi mamá”*. Ellas dicen que soy un referente, una persona a seguir.

—Y en “Bailando con las estrellas”, ¿cómo se portaron los famosos con usted?

—Muy bien. Todos me decían *“Anita, ¿cómo estás?”*. La que me parecía muy linda persona era Flora Martínez. Ella me preguntaba por mis hijas.

—¿Cuánto dinero se ganó por eso?

—Yo no recuerdo porque lo que llegaba lo gastaba para pagar arriendo, para pagar ropa. Yo creo que a mí era a la que más poquito le pagaban.

—Algo positivo de su paso por “Bailando con las estrellas”...

—Que salí como Ana Pacheco, sin escondérmele al mundo, sin esconder quién era. Yo creo que todos nos merecemos una segunda oportunidad.

—¿Qué pasó con su esposo?

—Yo me dejé con él. Él se mantenía alerta a lo que yo hacía y a lo que no hacía. Hasta me bajé de peso. Yo le dije que no estaba haciendo nada malo, que yo estaba haciendo mi vida. Tal vez él no entendió ese proceso.

—¿Qué dice la familia de la Ana Pacheco que se volvió famosa?

—Para mí lo más importante de todo esto es que mis padres y mis hijos se sientan orgullosos de mí. Cuando yo llegaba al barrio (vivía por el sector de Bosa, en Bogotá), los vecinos me recibían, decían *llegó Ana Pacheco* y me pedían fotos. En esa época yo era feliz porque le ayudaba a la gente.

—¿A qué se dedica ahora?

—Ahora soy ama de casa, porque tengo el bebé pequeño.

—¿Qué opina del proceso de paz que sellaron el gobierno nacional y las FARC?

—Me gusta. Lo estuve apoyando y lo apoyo. Yo viví el conflicto (en el monte). Es muy diferente para una persona que vive en la ciudad, que nunca ha estado en el punto donde está la guerra, criticar y decir *“es que esos guerrilleros”*. En cambio, uno que estuvo allá, dice *“nos más fuego”* porque, en medio de la guerra, hay muchos niños inocentes. Lo ideal es que un niño no empuñe un fusil sino un lápiz o un pincel.

—¿A quién admira?

—A mí misma. A mi padre, que ha sido un viejo de temple. Admiro a mi familia porque, a pesar de tantos problemas, todos estamos vivos.

—¿A qué aspira ahora?

—A tener tranquilidad.





El vallenato, un canto de memoria y resistencia

*“Era el año 2000. En el pueblo aún no había luz. Ellos llegaron por el Magdalena, de noche. No se identificaron, pero la mayoría vestía prendas militares. Tenían armas de largo alcance y, bajo su poder, ellos hicieron lo que quisieron conmigo”.
(Albeiro Martínez, Valledupar, 2023).*

La cálida brisa del Guatapurí y el famoso palo de mango de la plaza Alfonso López, que Silvio Brito extrañaba en su *Ausencia Sentimental*, fueron testigos el 1 y 2 de septiembre pasados de la jornada con grupos focales de hombres heterosexuales y GBTI víctimas de violencia sexual con ocasión del conflicto armado organizado por la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

Fue en ese espacio en el que Albeiro Martínez –con B larga y voz dulce–, entre risas y vallenatos, explicó al Grupo de Relacionamento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP cómo el Grupo Focal de Hombres Heterosexuales le ha ayudado a sanar el trauma que sufrió y que lo acompaña desde hace 23 años.

Él es originario del municipio de Plato, Magdalena, un lugar surrealista ubicado en la provincia vallenata, antes territorio del pueblo Chimila.

En medio de las aguas del río Magdalena y de las ciénagas, Albeiro Martínez creció entre la pesca con lanza, la poesía popular del vallenato y las fábulas de seres con poderes sobre naturales, como el Hombre Caimán.

Plato hace parte de la cultura ribereña descrita por Orlando Fals Borda en la *Historia Doble de la Costa*. Albeiro Martínez y los plateños son personas que desarrollaron la habilidad de manejar técnicas acuáticas y terrestres como la pesca, la caza y la agricultura.

Para Fals Borda, los pescadores del Caribe son seres sentipensantes que aguantan los reveses de la vida, el sufrimiento y la tragedia a través de la alegría y de actuar pensando con el corazón desde la solidaridad y lo comunitario.

Albeiro Martínez, desde muy temprano, sintió la necesidad de interpretar oralmente el mundo a través del vallenato.

“Desde que tuve uso de razón, me gustó la música vallenata (...) Yo quería ser cantante o acordeonero (...) El vallenato me ayudó a superar esto”, dijo Albeiro, un moreno fornido con una sonrisa a flor de piel.

Tanto para él como para muchos sentipensantes ribereños, la música y la parranda son la forma suprema de expiar su dolor y gozar la vida.

Según Hamilton Fuentes, en su columna “Violencia política y parranda vallenata”, publicada en el diario *El Pílon* en abril de 2021, los seres sentipensantes encuentran en la música un escudo de resistencia usado desde la esclavitud, la violencia bipartidista, la bonanza marimbera, las luchas campesinas y la violencia guerrillera, paramilitar y estatal.

Albeiro Martínez recuerda que, a principios de 2000, en Plato y la región *“se organizaron grupos, gente de lo peor (...) que no tenían sentimientos y eran guerrilleros, paracos”*.

En ese 2000 ocurrió su tragedia.

Antes de que Jorge 40 se expandiera por la región con el Bloque Norte de las AUC, las autodefensas del sur del Magdalena o los Cheperos chocaban con la guerrilla, que usaba esa zona como fortín de secuestro y extorsión.

Según un reporte de El Tiempo, titulado “Así se robaron los jefes ‘paras’ las mejores tierras del Magdalena”, ganaderos y políticos se unieron a las AUC para apropiarse de las tierras de Plato y Chibolo.

Las AUC –en Plato, Chibolo y Tenerife–, con la ayuda de servidores públicos, políticos y empresarios, despojaron 68 mil hectáreas y pasaron de 45 asesinatos, en 1999, a 110, en 2000.

De acuerdo con el profesor Gabriel Gallego, “en la zona Caribe y el sur del país fueron los lugares donde se presentó el mayor número de casos de violencia sexual a hombres”.

En la actualidad, la mayoría de participantes del Grupo Focal de Hombres Heterosexuales víctimas de violencia sexual provienen de Plato.

No está claro por qué.

Para Albeiro Martínez haber sido víctima de violencia sexual hizo que perdiera su identidad: “En ese momento sentimos que ya no éramos la misma persona, que quizás parte de nuestro espíritu comenzó a cambiar. En nuestra alma llegamos a pensar que nos íbamos a vengar de eso”.

Pero la guerra en la zona norte del país no solo destruyó la identidad y el cuerpo de hombres y mujeres. También las representaciones simbólicas que fomentaban su cohesión social.

La antropóloga y activista argentina Rita Segato, en diálogo con la Unidad de Investigación y Acusación, manifestó que la violencia sexual es un arma de guerra cuyo impacto está ligado a su adaptación a la cultura porque no solo ataca el cuerpo de la persona –en este caso de los hombres–, sino también porque destruye esas prácticas socioculturales que fomentan la cohesión y el tejido social dentro de una comunidad.

El vallenato, su simbología y narrativa poética fueron trastocados tanto por el conflicto armado como por las dinámicas del mercado.

Según el proyecto “Apunta del Acordeón, narraciones del conflicto armado”, de la Universidad de los Andes, el vallenato no solo es un encuentro simbólico de diferentes culturas como la vaquería, lo esclavo y los indígenas, sino también un instrumento de memoria colectiva que canta los eventos sociales que vive la región Caribe.

El mejor ejemplo reciente de esa memoria colectiva se dio cuando el Museo Itinerante de la Memoria y la Identidad de los Montes de María adoptó el nombre de Mochuelo, en honor a la canción compuesta por el compositor Adolfo Pacheco.

“Esclavo negro, cantá,
entoná tu melodía,
canta con seguridad
como anteriormente hacías
cuando tenías libertad
en los Montes de María”
Estrofa de la canción ‘El Mochuelo’.

Según Soraya Bayuelo, coordinadora general del Museo, en entrevista con el portal digital Consejo de Redacción:

“se eligió este nombre por la canción y por la fortaleza de esta ave, que tiene apariencia frágil, pero canta “divino” y resiste al verano, el invierno y acompaña incansablemente a la pájara en la construcción de sus nidos”.

Al decir del compositor Gustavo Gutiérrez, el vallenato es “una expresión de un pueblo, de una región, donde los juglares cronistas narraban los acontecimientos de una provincia (...) expresaban con su lirismo los sentimientos y las vivencias que hayan tenido en su región”. (Leyenda Viva, pag 68- 2022).

Para Albeiro Martínez, el vallenato es la representación musical de lo que es la gente: “Hay canciones vallenatas que hablan del papá de uno, de la mamá de uno, hablan de la esposa, del hermano, de un amigo”.





Esa representación del otro ayudó a los movimientos campesinos a evidenciar las luchas sociales.

Máximo Jiménez, con el “Indio Sinuano”; el Binomio de Oro con “La Dama Guajira”; Armando Zabaleta, con “la Reforma Agraria”, o el gran Leandro Díaz, con su canción “Soy”, son dignos representantes del vallenato como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad.

Soy: Yo soy el hombre que ha perdido el miedo para decirle a los de arriba lo que son. De fiesta en fiesta mantienen al pueblo para que nunca estalle la Revolución. Aquí en Colombia todo lo bueno está planeado pa' los de arriba Mientras los de abajo siguen viviendo Sin pan, sin techo, sin medicina.
(Leandro Díaz, 1981)

El vallenato es también un espacio geográfico entre la serranía del Perijá y la Sierra Nevada de Santa Marta en donde Cesar, Magdalena, La Guajira y Bolívar dan vida a la provincia vallenata.

La conexión entre oralidad y territorio y música y prácticas socioculturales ha generado que el vallenato sea un instrumento de cohesión social e identidad tan fuerte que el Bloque Caribe de las FARC produjo vallenato ‘fariano’ como estrategia de expansión política y cultural en el territorio¹, y que la expansión paramilitar en la región estuviera acompañada por parrandas amenizadas por “reconocidos intérpretes vallenatos”²

Por aquel caminito de un filo llegué al Frente 19 mi vida entregué, hoy quiero que se prenda la revolución y que el Bloque Caribe sea la redención
(Por Aquel Caminito – Lucas Iguaran)

Pero para Albeiro Martínez “el vallenato es algo que llevas en la sangre, es poesía, es amor, es enseñanza”.

Sin embargo, su componente de folclor, de resistencia, de enseñanza y reparación se fue perdiendo con la prohibición del vallenato social tanto en el Festival Vallenato como en la producción del mismo por parte de las casas disqueras.

Las dinámicas del mercado se impusieron sobre composiciones más poéticas.

El vallenato paso de ser compuesto por jornaleros a ser comercializado por productores regidos por la oferta y la demanda.

La ruralidad ya no fue la fuente de inspiración para las canciones vallenatas y en su columna de El Pílon, Fuentes asegura que los paramilitares amenizaban las masacres con parrandas vallenatas³.

Plato Magdalena y los seres sentipensantes, como Albeiro Martínez, no solo fueron expropiados del vallenato como símbolo de folclor, sino que también sufrieron la humillación y el despojo de su dignidad al ser violados.

Para el profesor Gabriel Gallego, los hombres son violados dos veces:

“La primera violación es una violación simbólica, que es cuando le dicen a uno: ‘Arrodílese pues’ (...) Es una doblegación moral. Cuando te tiran al piso es un acto de humillación. La segunda es la violación real”.

Esa humillación produce heridas morales, que se traducen en las miradas de la gente en la calle, en el estigma y el señalamiento.

Albeiro Martínez retrata muy bien la herida moral cuando dice que “uno mismo se rechaza así mismo (...) Uno en una parranda no es capaz de decirlo a un amigo, por muy amigo que sea”.

Entonces nace el cuestionamiento de si la decisión de prohibir el vallenato social en espacios públicos y comerciales fue una estrategia de guerra para despojar a los seres sentipensantes de su escudo de resistencia social.

Es que la parranda fue transformada, ya no era un espacio social y comunitario donde las personas, a través de la música, la comida y el licor, cantaban la tragedia de Alicia Adorada.

El patio, el palo de mango y el chivo, elementos característicos en una parranda, fueron substituidos por el whisky y el cantante que pide pagos exorbitantes para parrandear.

1 <https://visiones.uniandes.edu.co/mklenes/pagina-ejemplo/>

2 <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-3850264>

3 <https://elpilon.com.co/violencia-politica-y-parranda-vallenata/>

El perder ese valor de sanación de la parranda fue perder la posibilidad de reparar el dolor de la guerra a través del arte, a través de la poética y la lírica vallenata.

El juglar y su mula fueron remplazados por el cantante y la camioneta 4X4. El mercado promovió y promueve canciones vallenatas que denotan valores que representan un pueblo más urbano.


Pero por ahora para Albeiro Martínez, quien compuso una canción que representa quién es él en su proceso de reparación, tanto el vallenato como el participar en el grupo focal de hombres heterosexuales son herramientas que le permiten “*desahogarme, decir qué siento (...) relacionar mi vida con lo que siento que soy*”.

*Orgullosa de la vida vivo yo
Orgullosa de la vida viviré
Por ser un hombre tan fuerte estoy aquí
tirando el odio y mis penas a este mar
hoy yo represento a la vida
ejemplo de superación
y siempre viviré cantando
las gracias le doy a mi dios
(Albeiro Martínez 2023)*

Tal vez recuperar las tradiciones vallenatas, retornar a su esencia folclorista sea una forma de reparación colectiva para que Albeiro Martínez y todos los seres sentipensantes que habitan la provincia vallenata puedan volver a

cantarle a la vida, al dolor, a los ríos, a las aves, pero sobre todo a usar al vallenato como un canto de memoria y resistencia.





“Yo antes escuchaba que por ser gay no lo dejaban trabajar a uno”, dice indígena trans víctima de violencia sexual

Desde que tuvo uso de razón, Yamir Cuñapa Domicó entendió que era una mujer encerrada en el cuerpo de un hombre y, sobre todo, que iba a sufrir mucho en la vida.

Y razón no le faltaba porque, entre otras cosas, no era ni es fácil ser homosexual en medio del machismo de la comunidad indígena Embera Eyabidá del Urabá Antioqueño.

“Yo sabía que era así desde que empecé a estudiar a los cinco años. Jugaba con cosas de niña. Los mismos compañeritos de la escuela me molestaban porque yo era callada. A mí no me gustaba jugar con los niños. Me decían que yo era una marica”, recordó Angie Lorena, como le gusta que le digan a Yamir Cuñapa Domicó desde hace más de 15 años.

“La palabra gay para mí es relativamente nueva. Siempre me decían que era marica o cacorro”, agregó Angie Lorena, el 23 de septiembre pasado, durante un taller organizado en Bogotá por la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP con mujeres indígenas y trans que fueron víctimas de violencia sexual durante el conflicto armado colombiano.

—¿En su casa qué pasaba?

—Yo, desde pequeño, antes de irme a estudiar, lavaba la ropa, organizaba cocina. Cuando no estaba estudiando, mi papá me decía que fuéramos a trabajar y mi mamá decía que no, que yo me iba a quedar cuidando a los niños.

—¿Qué le decía su papá?

—Mi papá se dio cuenta de que yo era así cuando ya estaba grande. Tenía 11 años. Entonces me discriminó, me echó de la casa y no me dio más estudio. Yo estudié hasta de quinto de primaria.

—Y sus hermanos...

—Ellos me decían que por qué me estaba volviendo así, qué porque lavaba ropa, que jugara con los compañeritos, que me volviera hombre, que me consiguiera una mujer.

—Y en su comunidad, es decir, los Embera Eyabidá.

—Yo fui la primera en volverme así, en volverme mujer trans. En la comunidad indígena donde vivo, no había personas como yo. Me decían marica. Se burlaban de mí. Decían que me estaba volviendo mujer, que me estaban gustando los hombres. Hasta las mujeres se burlaban de mí. Pero yo me quedaba callada, no decía nada.

—¿Cuándo empezó a vestirse de mujer?

—A los 14 años. En la casa, mi papá y mi mamá se peleaban por mí.

Ella me defendía. Peleaban cuando mi papá me decía que no me iba a dar más estudio. “Yo no le voy a ayudar más porque usted se volvió marica”, me decía mi papá.



Angie Lorena nació hace 30 años en el municipio antioqueño de Mutatá. Sin embargo, la guerrilla, según Angie Lorena, obligó a su familia a desplazarse a la localidad de Chigorodó, también en Antioquia. Tiene nueve hermanos.

Luego de la negativa de su padre a ayudarlo por su orientación sexual, Angie Lorena empezó a trabajar desde muy pequeña. Mientras hacía su bachillerato (se graduó en 2015), trabajaba lavando ropa en otras casas y cuidaba pollos y cerdos.

“*Toda mi infancia fue así. Nunca trabajé como hombre*”, dijo.

En 2011, cuando tenía 18 años, Angie Lorena fue víctima de violencia sexual por primera vez. Los autores —sostuvo— fueron guerrilleros de las otrora FARC.

Así recordó esos dolorosos hechos:

“*Eran las seis de la tarde de un domingo. Yo estaba en mi casa. Yo tenía mi pelo largo y me vestía de mujer. Yo estaba cuidando a mis hermanitos y a unos sobrinitos.*

“*De pronto aparecieron cuatro tipos armados. Preguntaron por el gobernador de la comunidad, un cuñado mío. Me preguntaron con quién estaba.*

“*Empezaron a hablar entre ellos y me dijeron que me fuera con ellos. Les pregunté que para qué. Entonces me dijeron que, si no me iba con ellos a las buenas, iba a ser a las malas.*

“*Ellos hicieron lo que querían hacer. Los cuatro abusaron de mí. Me advirtieron que si le decía algo al gobernador me iban a matar. Me quedé callado porque tenía miedo. No le dije nada ni a mi papá ni a mi*

mamá ni al gobernador. Nunca más volví a ver a esos hombres”.

Dos años después, en 2013, Angie Lorena fue amenazada de muerte —según sus palabras— “*por ser así*”, es decir, un hombre convertido en mujer o una mujer que nació en el cuerpo de un hombre.

“*Yo iba con un amigo por un camino. Llegaron tres hombres y me cogieron a mí. Al otro lo dejaron ir. Me preguntaron que por qué yo era gay, que por qué era tan raro. Me dijeron que me volviera más serio, que cambiara mi forma de ser.*

“*No les negué que era gay, pero les dije que yo no le hacía mal a nadie, que yo no robaba. Yo creo que ellos me iban a violar, pero como aparecieron cinco personas más yo salí corriendo. Ellos me persiguieron, pero no me alcanzaron.*

“*Duré una semana sin dormir*”.

Más tarde, en 2016, en el corregimiento de Pavarandó, en Mutatá, los paramilitares se fijaron de nuevo en Angie Lorena.

“*Yo me fui a buscar trabajo a Mutatá. Trabajaba con un señor. Llevaba el desayuno, el almuerzo y la comida. Un sábado, como a las siete de la noche, yo llevaba la comida y dos manes me cogieron y me llevaron para el rastrojo. Allá había otros ocho hombres. En total fueron 10 hombres (los que abusaron de él)*”.

—¿Para un indígena es muy complicado ser mujer trans?

—Ahora yo me muestro más en mi comunidad. Ya no me da miedo para andar. Sí me da miedo cuando me encuentro con un grupo armado. Por eso a mí no me gusta andar de noche.

—¿Es difícil para usted tener una relación afectiva en su comunidad?

—Yo antes tenía pareja, ahora no. Eso lo sabían en la comunidad. En la comunidad saben que uno tiene derechos, pero hay personas que no gustan de uno.

—¿Cuándo se cambia su nombre original a Angie Lorena?

—Yo misma me puse ese nombre en 2015. En 2012, una muchacha con la que trabajaba me dijo: “Yo a usted no lo voy a llamar Yamir. Lo voy a seguir llamando Vicky”. Por eso muchos campesinos me dicen Vicky. También hay gente que me dice Yamir.

—¿Qué pasa con usted después de que termina el bachillerato? ¿Estudió más?

—Yo tengo un técnico de tres semestres en primera infancia. Me he capacitado mucho. Actualmente trabajó con Bienestar Familiar en mi municipio y con comunidades étnicas.

—¿Qué pasó con sus agresores?

—Ni idea. Esa gente desapareció.

—¿Cómo ve su futuro?

—Actualmente me siento más cómoda. Ahora tenemos más derechos. En las reuniones hablan de los derechos de la comunidad LGTBI y de las mujeres trans. Yo antes escuchaba que por ser gay no lo dejaban trabajar a uno, pero yo gracias a Dios hoy trabajo con el municipio. Es muy bonito porque allá la coordinadora sabe que yo soy mujer indígena, nadie me dice nada y las compañeras me quieren.

—¿Cómo se presenta en los trabajos que ha tenido?

—Con el nombre de la cédula, Yamir.

—¿Cómo conoció la JEP?

—Por Ángela María Escobar, quien fue a la comunidad mía (en Pavarandó, en calidad de coordinadora nacional de la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales, una organización sin ánimo de lucro y aliada incondicional de las víctimas de violencia sexual durante el conflicto armado y del trabajo de la Unidad de Investigación y Acusación).



El pasado jueves 21 de septiembre, por la tarde, Angie Lorena buscó a su mamá para decirle que iba a viajar a Bogotá a un evento de la Unidad de Investigación y Acusación.

“Mamá, yo me voy p'allá”, le dijo Angie Lorena a su madre, quien le deseó mucha suerte y, con la voz entrecortada, le dio la orden de que se manejara bien ahora que se iba a alejar de la casa.

Un día después, el viernes, Angie Lorena llegó temprano al aeropuerto del municipio de Carepa –también en el Urabá Antioqueño– para cumplir con uno de sus grandes sueños: montar en avión por primera vez en su vida.

“Pensé que se me iba a salir el corazón”, dijo.

—¿Ya habló con su mamá?

—Sí, ya hablé con ella. Le dije que estaba bien, que me estaban tratando muy bien. Me preguntó si había desayunado, si había almorzado... Mi mamá es una mamá excelente.

—¿Sus hermanos ya no la discriminan?

—Ya no me discriminan. Ellos me dicen hermana.

—¿Y su papá?

—Casi no me habla. Cuando voy a la casa, me saluda y no más. Aunque él me echaba de la casa, yo lo quiero porque papá es papa.

—¿Cómo ve su futuro?

—Yo quiero vivir sola. Tener mi casa propia. Ayudarle a mi mamá. Yo quiero ayudar a la comunidad LGTBI. Yo quiero ayudarle a una (mujer trans) de mi comunidad que es como yo. Yo le he dicho: “Deje ese miedo. Si quiere yo le ayudo”. Yo a veces la llevó a Chigorodó a las reuniones de la mesa diversa. Allá (en el Urabá) hay papás que les pegan a sus hijos por ser gays.

—¿Qué opina del proceso de paz que sellaron hace siete años el Gobierno Nacional y las otrora FARC?

—Eso es bueno porque ya no va a haber más violencias ni más discriminación contra la comunidad LGTBI. Yo creo que, si no hubiera habido guerra, a mí no me hubiera pasado lo que me pasó.





Exitosas jornadas de relacionamiento del Director de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP en las regiones

El Director de la Unidad de Investigación y Acusación (UIA) de la JEP Giovanni Álvarez Santoyo ha adelantado una serie de jornadas de relacionamiento con los medios de comunicación y la academia en Bogotá y en las sedes territoriales de Bucaramanga, Medellín y Pasto.



Bucaramanga



En el desarrollo de estas jornadas de relacionamiento, el Fiscal de la JEP les ha aclarado a los asistentes a las mismas las dudas que surgen sobre las funciones y el rol de la Unidad de Investigación y Acusación en esta justicia transicional.

En sus reuniones con representantes de los diferentes medios de comunicación en las regiones del país, Álvarez Santoyo se ha referido al estado de las investigaciones que han llegado a instancias de la UIA y cómo se han venido desarrollando.

Además, con grupos de rectores, decanos y catedráticos de las facultades de derecho de diferentes universidades en las regiones, el Director de la UIA ha debatido sobre los alcances de la jurisdicción, su normatividad y de la importancia de la academia para hacer pedagogía sobre esta temática.

Entre otras, Álvarez Santoyo ha hecho énfasis en que sectores como el académico tienen un papel tan definitivo para la construcción de la paz del país y para la consolidación del proceso de la Jurisdicción Especial para la Paz.

Bogotá



“Las generaciones futuras son las que van a consolidar la paz de Colombia”, les ha recalcado a los académicos en referencia con el rol que desempeñan en la formación de los estudiantes universitarios.

También se ha referido a la importancia que adquirieron las víctimas, tras el Acuerdo de Paz entre el Gobierno y las pacificadas FARC.

“La víctima nunca deja de ser víctima, así la reparen”, concluyó el fiscal de la JEP al hacer énfasis en que las víctimas son la centralidad del proceso en la Jurisdicción Especial para la Paz.

Por último, uno de los aspectos que ha destacado el Fiscal de la JEP ante la academia y los medios de comunicación es la singularidad que tienen proceso de paz de Colombia y su importancia, porque el éxito de este modelo implicaría que se va a replicar en otras partes del mundo como ejemplo de la terminación definitiva de un conflicto armado.

Las jornadas de relacionamiento del Director de la Unidad de Investigación y Acusación con los medios de comunicación regionales y con la academia también se extenderán a las sedes territoriales de Sincelejo, Villavicencio, Cúcuta, Neiva, Turbo y Florencia.



Medellín





Pasto





En la JEP aprendí a perdonar

dice funcionaria de la Unidad en Bucaramanga

Martha Vargas labora en la sede territorial de Bucaramanga. Es abogada y se desempeña como investigadora. Todas sus frases las acompaña con una expresión de amabilidad. Es el reflejo de su forma de enfrentar la vida y las situaciones que se le presentan, a las que siempre ve con optimismo.

Como a miles de colombianos la guerra la golpeó. De niña perdió a lo más preciado de su vida en ese momento: sus padres. Desde entonces ha tenido que enfrentar en su vida un sinnúmero de dificultades.

De todas ha sido avante.

Hoy, como funcionaria de la Jurisdicción Especial para la Paz, se presenta como ejemplo de perdón y de cómo se debe servir a los demás sin importar las circunstancias.

Por invitación del Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones, Martha Vargas –con su propia pluma– escribió un perfil de ella... Y de su vida...

“Hola, soy de Bucaramanga. Esta es mi historia y doy gracias a Dios por la oportunidad de poder contarla.

“Fui criada por mis abuelos paternos. Mi padre pertenecía al Ejército Nacional de Colombia y mi madre quedó embarazada de mí cuando era muy joven.

“Mi padre perdió la vida en 1966 a manos de la entonces guerrilla de las FARC, que lideraba ‘Tirofijo’. No sé por qué, pero nunca pregunté dónde murió.

“Mi madre tal vez se sintió incapaz de criarme y por eso decidió dejarme en manos de mis abuelitos, es decir, de los padres de mi padre.

“Ellos eran de avanzada edad.

“Mis abuelitos, Martín de Jesús Reyes y María del Carmen Cáceres, me lo dieron todo: cuidados, alimento y educación.

“Pero para mis abuelitos no fue fácil sostenerme, sobre todo cuando inicié

mis estudios secundarios. Vivíamos en el norte de Bucaramanga y el colegio donde yo estudiaba quedaba al otro lado de la ciudad, en el sur. Por eso tenía que ir y volver en bus.

“Recuerdo que en ese entonces le decía a mi nonita (o mi abuelita) que si me daba plata para el bus y ella me respondía: ‘Pídale a su papá’, o sea, a mi nonito o mi abuelito”.

“Entonces iba y le decía a mi nonito que necesitaba plata para el bus y él me replicaba: ‘Dígale a su mamá’, es decir, a mi nonita”.

“Yo quedaba como... ¿y ahora qué hago?”

“En esas situaciones, que eran rutinarias por las dificultades económicas que enfrentaban mis abuelos, buscaba y rebuscaba las monedas que tuviera por ahí para ver si me alcanzaban para un recorrido en bus.
“¿Y el regreso? ¡Pues a caminar se dijo!”

“Varias veces me pasó lo mismo. A pesar de que era muy niña, tenía un gran poder de convencimiento. Entonces cuando ya era hora de salir de clases del colegio, les decía a mis compañeros: “¡Nooo! No nos vamos en bus. Mejor caminemos”.

“Esa era la disculpa perfecta para no irme sola y al filo de la noche. Tenía que transitar por lugares con lotes baldíos, con mucha maleza, y, lo más feo, atravesar por el puente del viaducto porque se mueve.

“Así lograba que mis compañeros me acompañaran en el trayecto. Esos días fueron muy felices. Lo mejor para mí fueron esos atardeceres en los caminábamos por la ciudad.

“Cada vez que los recuerdo, reafirmo mi gratitud y el inmenso amor mis abuelos y siento un no sé qué en mi corazón por el esfuerzo que hicieron para

sacarme adelante.

“Debe ser por eso que fui estudiante estrella. Siempre izaba bandera y quizás también por eso soportaba el *bullying* que me hacían en el colegio. Siempre tomé ese *bullying* de forma positiva, sin rabias, sin complejos.

Pedagogía en la vía

“Más adelante me casé. Dios me permitió conocer a un hombre bueno, de gran corazón y muy bello. Con él tuve tres hijos.

“De ese tiempo me quedó una anécdota: cuando aprendí a conducir compré un carrito pequeño, pero era muy nerviosa para manejar. Los otros conductores me pitaban y me gritaban cosas.

Entonces le pedí a mi esposo que me consiguiera un letrero para ponerle al carro en el que dijera que yo era nueva manejando, para que me tuvieran paciencia. Mi esposo me miró todo raro y me dijo: ‘¿Qué! Un letrero de esos no creo que exista’. Mi respuesta fue: ‘Pues me lo invento’.

“En la calle la gente se me acercaba y me preguntaba, en tono de burla, que si no me daba pena, que si no me daba cuenta de que eso era una verdadera ‘colombianada’.

Pero no me importaba. El letrero que mandé a hacer decía: “Sea paciente, soy nueva manejando”.

“Si me salía un ciclista, yo parecía familiar. Iba detrás de él a 20 kilómetros por hora porque no era capaz de pasarlo.

“En una ocasión transitaba por una calle muy angosta y había un carro estacionado que yo no era capaz de pasar y me quedé esperando a que alguna persona llegara y me ayudara.

“Miré por el retrovisor y estaba estacionado otro carro detrás del mío. El conductor se bajó, vino hasta mí, me hizo bajar el vidrio y me dijo: ‘Gracias a ese letrero que lleva, le voy a ayudar a salir de aquí’.

“Luego empecé a ver avisos parecidos en otros carros. Entendí entonces que la ‘colombianada’ sirvió como pedagogía en la vía.

Aprender a perdonar

“Nunca dejé de pensar que debía estudiar. Quería ser profesional y en mis oraciones le decía a Dios: ‘Señor, preséntame a alguien que me pregunte si quiero estudiar para responderle que sí’.

“Un día estábamos almorzando y, de repente, mi esposo me preguntó: ‘¿Mami, te gustaría estudiar?’ ¡No lo podía creer! Ese fue un día muy feliz en mi vida. Después de haber criado a mis hijos empecé a estudiar la carrera de derecho.

“Entonces Dios me dio la oportunidad de ser abogada y, además, me trajo a una hermosa institución: la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

“No pensé que un día llegara a sentir compasión y hasta llorar por personas que han cometido crímenes. Yo era una persona que odiaba a las FARC. Ahora miro a las personas que se desmovilizaron y me da tristeza pensar que, si no fueron todas, muchas hicieron cosas obligadas. La vida las maltrató y les quitó todo, absolutamente todo. Merecen otra oportunidad.

“Todo esto que ha ocurrido me hace sentir diferente. Dentro de mí hay un sentimiento que me hace sentir que soy una mejor persona, más agradecida con todo y más comprensiva con aquellos que se han equivocado gravemente en la vida.

“Hoy solo puedo orar por todos ellos. Jamás pensé algo así y doy gracias a Dios que me ha dado esta oportunidad de amar y de considerar a todos los que han sufrido por causa de la guerra.

“¡Muchas gracias JEP!”.



“Las tareas de la JEP se constituyen en procesos de sanación a favor de la reconciliación de los colombianos”, dice Fiscal de la UIA en Pasto

Pablo Emilio González Zambrano no pasa desapercibido y en cada situación siempre anda buscando gestionar hasta el último detalle.

Hace siete meses asumió como Fiscal de la sede territorial de Pasto y en ese tiempo ha logrado consolidar un trabajo articulado con diferentes entidades del Estado.

El fiscal González recalca que es imposible dejar de sentirse afectado por la tragedia que ha significado el conflicto armado y, por ello, siempre se ha esforzado en aportar para superar esta etapa tan dura de la historia del país.

Además, agrega con optimismo que cada situación que se le presenta es un nuevo aprendizaje para hacer mejor las cosas en el futuro.

En entrevista con el Grupo de Relacionamento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación, el fiscal González contó detalles de cómo es el trabajo en la sede territorial de Pasto y cómo fue el recorrido para asumir el cargo.

¿Quién es Pablo Emilio González Zambrano?

Soy un ciudadano lleno de vida, con mucho optimismo y con una enorme disposición de servicio.

¿Cuál es su formación académica?

Me gradué como abogado. He hecho estudios de



especialización en derecho constitucional, de maestría en derecho procesal penal y en seguridad y defensa nacional y adelanto estudios de doctorado en derecho con énfasis en Derechos Humanos.

¿Cómo fueron sus primeros años de vida? ¿Su formación de joven?

En mi infancia siempre estuve bajo el cuidado de mi madre, a quien debo toda mi formación. Mi educación básica primaria la realicé en una escuela del barrio La Candelaria (centro de Bogotá) y mi bachillerato en tres colegios: una parte en el Salesiano Juan del Rizzo, donde repetí un año tras no aprobar de manera completa una materia (mi querida madre, hoy en el Cielo, no estuvo de acuerdo con que presentara la habilitación). Entonces debí volver a empezar y cambiar a un colegio privado, hasta noveno, y décimo y once en Cali.

¿Por qué se decide por estudiar derecho?

Empecé a estudiar derecho en 1991 en la Universidad San Buenaventura de Cali. Obedece a que me gustaba el tema de reclamación y defensa de derechos. Había tenido una compleja experiencia laboral que implicaba acudir por vía administrativa a través de petición y tutela. Los resultados fueron satisfactorios y de allí se fortaleció esa iniciativa de estudiar derecho. Una maravillosa carrera que en mi caso

tuvo interrupciones, pero que con el tiempo culminé con mucho agrado.

¿Cuál fue su primer trabajo como abogado?

Trabajé un tiempo en una oficina jurídica del Ministerio de Defensa en Cali y luego en Bogotá, apoyando temas de peticiones, reclamaciones hoy conocidas como PQRS. Otros temas que apoyé estaban relacionados con infracciones al DIH y violaciones a los Derechos Humanos que, de una manera u otra, se encontraban en la órbita del derecho penal, del derecho disciplinario o de la Justicia Penal Militar.

¿Alguna anécdota de esos primeros años como profesional?

En Bogotá tuve un caso de un joven que había sido víctima del delito de reclutamiento ilícito, pero que a la vez estaba implicado en conductas reprochadas por el régimen penal colombiano. Su presentación voluntaria con fines de desmovilización, versus la vigencia de una orden de captura, demandaba desplegar la mayor iniciativa jurídica y humanitaria para describir su caso ante el Comité Operativo de la Dejación de las Armas (CODA) y permitir que ese órgano valorara la situación de contexto y del ciudadano, para que accediera o no a los beneficios en un ejercicio de armonización jurídica que tuvo éxito.





Luego, ¿a dónde pasó?

Posteriormente me vinculé al Programa de Atención Humanitaria al Desmovilizado (PAHD). Estuve primero como analista estratégico, luego como abogado y posteriormente como asesor en algunos asuntos jurídicos del sector Defensa.

Ya en esta consolidación como profesional, ¿qué fue lo más difícil que tuvo que afrontar?

Trabajé en una época en la política pública de desarme, desmovilización y reincorporación y allí hay muchas experiencias y casos complejos. También conocí otros casos complejos en mi paso por la Presidencia de la República.

Visitar diferentes regiones del país, hogares de paz (de acogida), zonas de conflicto, tomar contacto y compartir con personas procedentes de grupos armados organizados al margen de la ley, facilitar procesos de sometimiento en unos casos, en otros reincorporación y valorar su situación, en aras de encontrar posibles salidas o soluciones jurídicas, se constituyó siempre en un reto y una extraordinaria experiencia.

¿Cómo se vincula a la Jurisdicción Especial para la Paz?

Entre febrero y mayo de 2018 se conocieron las invitaciones de la JEP y de la UIA para acceder a cargos. Había trabajado en la Presidencia de la República desde 2011 como asesor del Alto Comisionado para la Paz. Entonces tenía expectativas en materia de reconciliación. Aprovechando las invitaciones de JEP me presenté para el cargo de magistrado auxiliar-director del grupo GRAI ante la Magistratura y en forma simultánea ante la UIA para el cargo de profesional experto. Los resultados en el proceso de selección fueron satisfactorios. El 13 junio de 2018 me posesioné en la UIA.

¿Cuál ha sido su recorrido dentro de la jurisdicción?

La experiencia en la UIA ha sido muy bonita. Ha sido un proceso de crecimiento enorme. Ingresé como profesional experto adscrito al grupo GRANCE y allí desde su formación en tareas de análisis y contexto del conflicto para casos de estudios en sede de Salas de Amnistía o Indulto y Sala de Definición de Situaciones Jurídicas de la JEP.

Posteriormente, el Director quiso impulsar la creación del grupo de enfoque étnico y me designó –junto con otros profesionales– para esta nueva iniciativa. Fue un maravilloso ejercicio que demandó sumergirme en las concepciones, en los valores, en las perspectivas de grupos, de comunidades, de pueblos étnicos a favor de la misionalidad de la UIA, de la JEP y en desarrollo del Capítulo Étnico del Acuerdo Final de Paz.

¿Cuándo se le presenta la oportunidad de ser el fiscal territorial en Pasto?

La oportunidad se presenta a finales de febrero de 2023 para ejercer el cargo de fiscal en propiedad, siendo destinado a prestar servicio judicial en Pasto con área de cobertura en los departamentos de Valle del Cauca, Cauca y Nariño. Un reconocimiento del Director que me tomó por sorpresa y del cual estoy muy honrado.

¿Qué pensó al respecto?

Un susto al ser llamado a la Dirección. En mi caso dije: un llamado de atención o alguna observación. Pero era para la propuesta del Director. ¡Fue una gran felicidad!

¿Qué análisis hace sobre su gestión durante estos meses en la sede territorial de Pasto?

En materia de gestión lo más prudente y procedente que puedo indicar es que, en conjunto con el equipo de investigadores y auxiliar asignado a esta sede, se ha avanzado en el cumplimiento de comisiones y tareas encomendadas.

Este servicio público ha implicado también que se estrechen relaciones con diversas instituciones, entidades, sectores académicos, medios de comunicación, autoridades civiles, militares y policiales, órganos de investigación territoriales, jueces, fiscales, víctimas, organizaciones de víctimas, líderes y lideresas, defensores de Derechos Humanos, comunidades y pueblos étnicos y organismos internacionales.

Nunca se deja de aprender, ¿qué enseñanzas le ha dejado esta etapa de su vida?

El aprendizaje es enorme: respeto y consideración para todos, obediencia, aceptar sugerencias, recomendaciones, ideas, sencillez y volver a lo básico: el sentido de humanidad.

Más allá de eso vienen aprendizajes especializados o que se construyen en conjunto por ser nuestra esencia transicional. Aquí se destacan enfoques, avances de los macro casos, decisiones judiciales y capacitaciones recibidas.

¿Qué hace el fiscal territorial de Pasto en sus ratos libres?

Deporte, porque allí hay un elemento asociado a la vida. Entonces hago senderismo en montaña y monto en bicicleta los fines de

semana. Disfruto de una buena pasta o pizza los viernes y, de vez en cuando, un amigable pargo traído de nuestra costa tumaqueña. En otros momentos, algo de lectura para compromisos académicos.

Aunque no hay certeza sobre situaciones y acontecimientos futuros, las personas siempre idean escenarios al respecto. ¿Cuál es ese futuro que usted vislumbra?

Vislumbro que las tareas que hace la UIA y la JEP, en su conjunto, se constituyen en verdaderos procesos de sanación a favor de la reconciliación de los colombianos. Los aportes de cada servidor se constituyen en granitos de arena impregnados de mucha esperanza en beneficio de la vida y a favor de las víctimas. El aprendizaje en la UIA traerá mucha prosperidad profesional y personal.

Las víctimas son el centro del proceso, ¿cuál es el mensaje para ellos y ellas y para sus compañeros y compañeras de la UIA?

Para las víctimas, mis mayores consideraciones, de solidaridad, respeto y reconocimiento. Nos debemos a ellas y todo para ellas, todo nuestro esfuerzo principal en restaurar sus derechos y su dignidad.

Para mis compañeros y compañeras de la UIA, mi sentimiento de hermandad, de respeto, de trabajo en equipo, de optimismo por la labor que nos ha sido encomendada por el universo, por la naturaleza y por la vida. Destaco profundamente a todos aquellos que sonríen pese a las complejidades y ello me anima a ser mejor persona y mejor funcionario.



En línea con la

UNIDAD

*de Investigación
y Acusación.*

Revista Virtual